

Editorial

La crisis agrícola de la última década vino a modificar sustancialmente la perspectiva bajo la cual se habían considerado los problemas del sector agropecuario, poniendo de manifiesto la importancia estratégica que tienen la producción de alimentos básicos y el sector campesino en los países subdesarrollados.

Quedó demostrada la debilidad de las estrategias de desarrollo orientadas exclusivamente a la producción de bienes industriales o de productos agrícolas de alto valor y de consumo limitado, especialmente en países subdesarrollados en los que las grandes masas de la población carecen de recursos para consumir ese tipo de productos, y en cambio se requieren cantidades crecientes de alimentos básicos, principalmente cereales, a bajos precios,* para satisfacer necesidades inaplazables de una población con altas tasas de crecimiento.

La teoría de las ventajas comparativas, esto es, de que los países de climas tropicales o semitropicales deben dedicarse a producir hortalizas, frutales, ganado, etc., para exportar a países desarrollados; en tanto que se importan los alimentos básicos de los países productores de cereales más baratos (gracias a sus condiciones climáticas y geográficas), no ha producido resultados positivos. En primer lugar, se partía del falso supuesto de que las ganancias acumuladas en un sector capitalista agroexportador iba a redundar en un beneficio social, para el grueso de la población. Además, este sector agroexportador, a pesar de generar divisas para los países subdesarrollados, en una posible relación ventajosa entre la venta de sus productos agropecuarios y la compra de alimentos básicos, los ha hecho mucho más dependientes de las crisis del capitalismo mundial, ya que los países compradores restringen sus importaciones y obligan a bajar los precios en períodos de recesión, en la medida en

que estos productos no son indispensables; en tanto que los países importadores de alimentos básicos, se ven obligados a seguir importando en cantidades crecientes para satisfacer las necesidades de la población.

La ganadería, frecuentemente en manos de sectores capitalistas y destinada a la exportación, ha sido otro factor que ha disminuído la disponibilidad de cereales, ya que ha venido a competir con los campesinos, tanto en el consumo, como en las superficies destinadas a estos cultivos vs. las que se ocupan para el pastoreo.

Finalmente, un nuevo elemento que complica más aún la crisis agropecuaria es la presencia del capital transnacional. Nuevo en cuanto a su incidencia mundial, porque a nivel regional, hace muchos años que las empresas transnacionales han tenido una participación fundamental y nefasta en la situación económica de algunos países; para poner un ejemplo cercano basta referirse a la *United Fruit Co.* en centroamérica. La novedad del fenómeno radica en su generalidad, al grado de que ha llegado a convertirse en un problema mundial que incide directamente en la producción de alimentos básicos.

Las inversiones transnacionales, en países subdesarrollados, se orientan hacia los sectores más productivos de la agricultura que generalmente son los productos de exportación no básicos, generando graves distorsiones en modelo de desarrollo. La economía agrícola se abre al mercado internacional y se guía por precios internacionales (dando por resultado el deterioro de los niveles alimentarios de la población campesina) se reestructura la producción, el empleo rural, el uso de la tierra, etc., dando por resultado la descomposición de las economías campesinas. La agricultura queda integrada a la cadena agroindustrial con la consecuente polarización entre los sectores agropecuarios "productivos" controlados por el capital transnacional, que disponen de las mejores tierras, el riego, los recursos de capital y la tecnología, y los sectores de baja productividad, temporaleros, sin tecnología ni capital; o sea, las zonas en donde subsiste una agricultura campesina, destinada al autoconsumo y a la venta, en el mercado nacional, de algunos de sus excedentes. México ha sido uno de los ejemplos más claros de este proceso.

Este proceso ha conducido a la creciente dependencia de los países subdesarrollados en materia de alimentos básicos.

Si se restan los excedentes producidos por Argentina, en 1979, el déficit de los países latinoamericanos fue de 10 millones de toneladas de trigo, en tanto que los Estados Unidos controlaban la mitad del

comercio mundial del trigo y dos terceras partes de los cereales forrajeros.*

Tan así es que, a raíz del conflicto con la Unión Soviética por su intervención en Afganistán, los Estados Unidos han intentado usar el embargo en las ventas de cereales a la Unión Soviética como arma para presionar a este país, aparentemente no con mucho éxito. Pero sería fácil imaginar las consecuencias de una política semejante respecto de países incomparablemente más débiles.

Debido a esto, la crisis agrícola, y particularmente la producción de alimentos básicos, ha pasado al primer plano en las prioridades para la política agropecuaria. Tanto, que algunos países, como Francia, han logrado pasar en los últimos tres años, de importadores a exportadores de cereales.

En este contexto internacional, la decisión del gobierno mexicano de convertir al país en autosuficiente en maíz y frijol tiene una importancia inobjetable, lo mismo para la independencia nacional, que para garantizar niveles alimentarios mínimos destinados a las grandes masas de la población. El sistema alimentario mexicano (SAM), como proyecto para canalizar los excedentes producidos por el petróleo hacia los sectores agrícolas de baja productividad, ubicados principalmente en zonas temporeras y ejidales, obedece, en principio, a una lógica consecuente con el análisis de la crisis agrícola mundial. Sin embargo, hay varias cuestiones que quedan sin precisar, o que fueron omitidas abiertamente. Una de ellas, y quizás la más importante, es la participación del capital transnacional en la agroindustria, ya que, en tanto no se limite efectivamente su participación, será muy difícil de evitar que se introduzca en aquellas áreas de la producción que, gracias al apoyo gubernamental, se convertirán en altamente productivas. Otros sectores que presentan intereses particulares, y que parecen tener una fuerza política singular son, el de los ganaderos, que han disfrutado de concesiones muy especiales, y el de los agricultores capitalistas pequeño-propietarios.

En otras palabras, la pregunta importante es: ¿cómo podrá garantizar el gobierno mexicano que los recursos canalizados al sector agropecuario no serán aprovechados, tarde o temprano, por los agricultores capitalistas, o peor aún, por las empresas transnacionales?

* *Le Monde Diplomatique*, junio de 1979, pág. 22, y marzo de 1980, pág. 1.

En la implementación del SAM tendrán que ver, además, muchos otros factores, entre los que deben considerarse: las diferencias culturales de la población campesina; su capacidad de organización política; la persistencia de estructuras de poder locales, que pueden llegar al uso de la violencia en defensa de sus intereses, como ha sido frecuente en México; sin menospreciar las dificultades que aún existen para precisar las políticas concretas derivadas del SAM, y los problemas que representa la creación de instituciones oficiales y la capacitación de la burocracia que las llevará a efecto.

En este número especial, dedicado a la cuestión agraria y ganadera, se ha intentado recopilar trabajos que, a diferentes niveles de abstracción y de generalidad, plantean los problemas vigentes en la crisis agrícola nacional y mundial; entendida ésta, no solo como un problema económico de la producción de alimentos básicos, sino como un problema global de la sociedad, que tiene que ver con la pauperización de las masas, con la proletarización campesina, con la destrucción de su cultura, con su desarrollo político y con la independencia nacional.